

XXI.

Á SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA.

PERSONAS.

El Rey DON SEBASTIAN.  
DON LOPE DE ALMEIDA.  
DON JUAN DE SILVA.  
DON LUIS DE BENAVIDES.

DON BERNARDINO, viejo.  
El DUQUE DE BERGANZA.  
MANRIQUE, criado.  
CELIO, criado.  
LEONOR, Dama.

SIRENA, criada.  
Un Barquero.  
Dos Soldados.  
Acompañamiento.

JORNADA I.

Salen el REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA, MANRIQUE, criado, y Acompañamiento.

Lop. Otra vez, gran señor, os he pedido Esta licencia, y otra habeis tenido Por bien mi casamiento; Mas yo, que siempre á tanta luz atento Vivo en vuestro semblante, vengo á daros Cuenta de mi eleccion, y á suplicaros, Que en vuestra gracia pueda Colgar las armas, y que Marte ceda Á Amor la gloria, cuando en paz reciba, En vez de alto laurel, sagrada oliva. Yo os he servido, y solamente espero Esta merced por galardón postrero, Pues con esta licencia venturosa Hoy saldré á recibir mi amada esposa.

Rey. Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento, Y me alegro de vuestro casamiento; Y á no estar ocupado En la guerra, que en África he intentado, Fuera vuestro padrino.

Lop. Eterno dure ese laurel divino, Que tus sienas corona.

Rey. Estimo en mucho yo vuestra persona. [Vase el Rey y Acompañamiento.]

Manr. Contento estás. Mal supiera La dicha y la gloria mia Disimular su alegría. Felice yo, si pudiera Volar hoy.

Manr. Al viento igualas.  
Lop. Poco aprovecha; que el viento Es perezoso elemento. Dírame el Amor sus alas, Volara abrasado y ciego; Pues quien al viento se entrega, Olas de viento navega, Y las de amor son de fuego.

Manr. Para que desengañarme Pueda, creyendo que tienes Causa, dime á lo que vienes Con tanta priesa.

Lop. Á casarme.  
Manr. ¿Y no miras, que es error, Digno de que al mundo asombre, Que vaya á casarse un hombre Con tanta priesa, señor? Si hoy, que te vas á casar, Del mismo viento te quejas, ¿Qué dejas que hacer, qué dejas, Cuando vayas á envidiar?

Sale DON JUAN DE SILVA en traje pobre.

Juan. ¿Cuan diferente pensé [aparte] Volver á tí, patria mia, Aquel infelice dia, Que tus umbrales dejé! ¿Quien no te hubiera pisado! Pues siempre mejor ha sido, Adonde no es conocido Vivir el que es desdichado. — Gente hay aqui, no es razon Verme en el mal que me veo.

Lop. Aguárdate! No lo creo, Si es verdad? si es ilusion? Don Juan?

Juan. Don Lope?  
Lop. Dudoso

De tanta dicha, mis brazos Han suspendido sus lazos.  
Juan. Deteneos; que es forzoso, Que me defienda de quien Tanto honor y valor tiene; Que hombre, que tan pobre viene, Don Lope amigo, no es bien Que toque (o suerte importuna!) Pecho de riquezas lleno.

Lop. Vuestras razones condeno, Porque si da la fortuna Humanos bienes del suelo, El cielo un amigo da, Como vos; ved lo que va Desde la fortuna al cielo.

Juan. Aunque haceis, que aliento cobre, En mí mayor mal está; Mirad, cuan grande será Mal, que es mayor que ser pobre. Y porque mi sentimiento Algun alivio prevenga, Si es posible que le tenga,

Escuchad, Don Lope, atento. Á la conquista famosa De la India, que eligió Para su tumba la noche, Y para su cuna el sol, Amigos, y tan amigos Pasamos juntos los dos, Que asistieron en dos cuerpos Un alma y un corazon. No codicia de riqueza, Sino codicia de honor, Obligó nuestros deseos Á tan atrevida accion, Como tocar con bajeles La provincia, que ignoró Por tantos años la ciencia, Nunca creida hasta hoy. La nobleza lusitana De su fortuna fió Naves, que ciertas exceden Las fingidas de Jason. Dejo esta alabanza á quien Pueda con mas dulce voz Contar los famosos hechos Desta invencible nacion; Porque el gran Luis de Camoens, Escribiendo lo que obró Con pluma y espada, muestra Ya el ingenio, y ya el valor En esta parte. Despues, Don Lope invicto, que vos, Por muerte de vuestro padre, Volvisteis, me quedé yo: Bien sabeis con cuanta fama De amigos y de opinion, Que, ahora perdidos, hacen El sentimiento mayor; Pero en efecto es consuelo. Ved si desgraciado soy, Que nunca le dí, mal quisto, Á la fortuna ocasion. Habia en Goa una señora, Hija de un hombre, á quien dió Grande cantidad de hacienda, Codicia y contratacion. Era hermosa, era discreta; Que, aunque enemigas las dos, En ella hicieron las paces Hermosura y discrecion. Servila tan venturoso, Que merecí algun favor; ¿Pero quién ganó al principio, Que á la postre no perdió? ¿Quién fue antes tan felice, Que despues no declinó? Porque son muy parecidos Juego, fortuna y amor. Don Manuel de Sosa, un hombre (Hijo del Gobernador Manuel de Sosa) por sí De mucha resolucion, Muy valiente, muy cortes, Bizarro y cuerdo, (que yo, Aunque le quité la vida, No he de quitarle el honor) De Violante enamorado, (Que este es el nombre, que dió Ocasion á mi ventura, Y á mi desdicha ocasion) En Goa públicamente Era mi competidor. Poco cuidado me daba Su amorosa pretension; Porque siendo, como era,

El favorecido yo, La pena del despreciado Hizo mi dicha mayor. Un dia, que el sol hermoso Saliera, (¡pluguiera á Dios, Sepultara eterna noche Su continuo resplandor!) Salió con el sol Violante; Bastaba pedirle yo, Que aun el uno no saliera, Para que salieran dos. De criados rodeada, Á la marina llegó, Donde estaba mucha gente; Porque en aquella ocasion Habia llegado una nave Al puerto, y su admiracion Dió causa á aqueste concurso, Y á mi desdicha la dió. Estábamos en un corro De mucha gente los dos, Todos soldados y amigos, Cuando á la vista pasó Violante. Iba tan airosa, Que allí ninguno dejó De poner el alma en ella; Porque su planta veloz Era el móvil, que llevaba Tras sí la imaginacion. Dijo un Capitan: ¡qué bella Muger! Á quien respondió Don Manuel: y como tal Ha sido la condicion: Será cruel. No por eso Lo digo, (le replicó) Sino por ver, que ha escogido, Como hermosa, lo peor. Yo entonces dije: ninguno Sus favores mereció, Porque no hay quien los merezca; Y si hay alguno, soy yo. Mentis, dijo. — Aqui no puedo Proseguir, porque la voz Muda, la lengua turbada, Frio el cuerpo, el corazon Palpitante, los sentidos Muertos, y vivo el dolor, Quedan repitiendo aquella Afrenta. ¡O tirano error De los hombres! ¡o vil ley Del mundo! ¡que una razon, Ó que una sinrazon pueda Manchar el activo honor, Tantos años adquirido! ¡Y que la antigua opinion De honrado quede postrada Á lo fácil de una voz! ¡Que el honor, siendo un diamante, Pueda un frágil soplo (ay Dios!) Abrasarle y consumirle! ¡Y que siendo su esplendor Mas que el sol puro, un aliento Sirva de nube á este sol! Mucho del caso me aparto, Llevado de la pasion; Perdonad, vuelvo al suceso. Apenas él pronunció Tales razones, Don Lope, Cuando mi espada veloz Pasó de la vaina al pecho, Tal, que á todos pareció, Que imitaron trueno y rayo Juntas mi espada y su voz. Bañado en su misma sangre,

Muerto en la arena cayó,  
 Cuando para mi defensa  
 Tomé una iglesia, á quien dió  
 En aquel sitio lugar  
 La sagrada religion  
 De Francisco; que, por ser  
 Su padre el Gobernador,  
 Me fue forozoso esconderme,  
 Con tanto asombro y temor,  
 Que tres dias un sepulcro  
 Habité vivo. ¿Quién vió,  
 Que siendo el contrario el muerto,  
 Fuese el sepultado yo?  
 Al cabo de los tres dias,  
 Por amistad y favor,  
 El Capitan de la nave,  
 Que á nuestro puerto llegó,  
 Y que á Lisboa venia,  
 En ella me recibió  
 Una noche, cuyo manto  
 Fue de mi vida ocasion.  
 En esta nave escondido  
 Estuve, hasta que el veloz  
 Monstruo del viento y del agua  
 Los piélagos dividió  
 Del Neptuno. Injusto engaño  
 De la vida, ó su pasion,  
 No dé por infame al hombre,  
 Que sufre su deshonor,  
 Ó le dé por disculpado,  
 Si se venga; que es error  
 Dar á la afrenta castigo,  
 Y no al castigo perdon.  
 Hoy he llegado á Lisboa,  
 Adonde tan pobre estoy,  
 Que no osaba entrar en ella.  
 Estas mis fortunas son,  
 Ya no tristes, sino alegres,  
 Pues me dieron ocasion  
 De llegar á vuestros brazos.  
 Estos mil veces os doy,  
 Si un hombre tan infelice  
 Puede merecer de vos,  
 O gran Don Lope de Almeida,  
 Tal merced, honra y favor.

*Lop.* Atentamente escuché,  
 Don Juan de Silva, las quejas,  
 Que en lágrimas anegadas  
 Dais desde el pecho á la lengua,  
 Y atentamente he pensado,  
 Que no hay opinion, que pueda,  
 Por mas sutil que discurra,  
 Tener dudosa la vuestra.  
 ¿Quién en naciendo no vive  
 Sujeto á las inclemencias  
 Del tiempo y de la fortuna?  
 ¿Quién se libra, quién se excepta  
 De una intencion mal segura?  
 ¿De un pecho doble, que alienta  
 La ponzoña de una mano,  
 Y el veneno de una lengua?  
 Ninguno! Solo dichoso  
 Puede llamarse el que deja,  
 Como vos, limpio su honor,  
 Y castigada su ofensa.  
 Honrado estais; negras sombras  
 No deslustren, no oscurezcan  
 Vuestro honor antiguo; y hoy  
 En nuestra amistad se vea  
 La virtud de aquellas plantas,  
 Tan conformemente opuestas,  
 Que una con calor consume,  
 Y otra con frialdad penetra,  
 Siendo veneno las dos,

Y estando juntas, se templan  
 De suerte, que son entonces  
 Salud mas segura y cierta.  
 Vos estais triste, yo alegre;  
 Partamos la diferencia  
 Entre los dos, y templando  
 El contento y la tristeza,  
 Queden en igual balanza  
 Mi alegría, y vuestra pena,  
 Mi gusto, y vuestro dolor,  
 Mi ventura, y vuestra queja,  
 Porque el pesar ó el placer  
 Matar á ninguno pueda.  
 Yo me he casado en Castilla,  
 Por poder, con la mas bella  
 Muger, mas para ser propia,  
 Es lo menos la belleza;  
 Con la mas noble, mas rica,  
 Mas virtuosa y mas cuerda,  
 Que pudo en el pensamiento  
 Hacer dibujos la idea.  
 Doña Leonor de Mendoza  
 Es su nombre, y hoy con ella  
 Don Bernardino, mi tio,  
 Llegará á Aldea Gallega,  
 Donde salgo á recibirla  
 Con tan venturosas muestras,  
 Como veis; y un bello barco  
 Tan venturoso la espera,  
 Que juzga por perezosas  
 Hoy del tiempo las ligeras  
 Alas; porque el bien, que tarda,  
 No llega bien cuando llega.  
 Esta es mi dicha mayor,  
 Por ver cuanto la acrecienta  
 Vuestra venida, Don Juan.  
 No os dé temor, no os dé pena  
 Venir pobre; rico soy,  
 Mi casa, amigo, mi mesa,  
 Mis caballos, mis criados,  
 Mi honor, mi vida mi hacienda,  
 Todo es vuestro. Consolaos  
 De que la fortuna os deja  
 Un amigo verdadero,  
 Y que no ha tenido fuerza  
 Contra vos, que no os quitó  
 Este valor, que os alienta,  
 Esta alma, que os anima,  
 Y este brazo, que os defiende.  
 No me respondais, dejad  
 Las cortesanas finezas,  
 Entre amigos excusadas,  
 Y venid adonde sea  
 Testigo vuestra persona  
 De la dicha, que me espera;  
 Que hoy en Lisboa ha de entrar  
 Mi esposa, y estas tres leguas  
 De mar, para mí de fuego,  
 Hemos de venir con ella,  
 Que de esotra parte está  
 Sin duda.

*Juan.* Pues no pretenda  
 Con mi humildad deslucirse,  
 Don Lope, vuestra nobleza;  
 Porque el mundo, no la sangre,  
 Sino el vestido respeta.

*Lop.* Ese es engaño del mundo,  
 Que no vé, ni considera,  
 Que al cuerpo le viste el oro,  
 Pero al alma la nobleza.  
 Venid conmigo! Suspiros,  
 Ofreced viento á las velas,  
 Si es que en los mares del fuego  
 Bajales de amor navegan. *[Vanse los dos.]*

*Manr.* Yo me quiero adelantar  
 En alguna barca destas,  
 Que llaman muletes, y hoy  
 Siendo cojo con muletas,  
 Pediré á mi nueva ama  
 Las albricias de que llega  
 Su esposo; que el primer dia  
 Da las albricias cualquiera,  
 Porque sale de forzada,  
 Si es lo mismo que doncella.

[Vase.]

*Salen DON BERNARDINO, viejo, y DOÑA LEONOR y SIRENA.*

*Bern.* En la falda lisonjera  
 Deste monte, coronado  
 De flores, donde ha llamado  
 Á cortes la primavera,  
 Puedes descansar, en tanto,  
 Bella Leonor, que dichoso  
 Llega Don Lope tu esposo,  
 Y perdona al dulce llanto;  
 Aunque no es gran maravilla,  
 Que con sentimiento igual,  
 Á vista de Portugal,  
 Te despidas de Castilla.

*Leon.* Ilustre Don Bernardino  
 De Almeida, mi tierno llanto  
 No es ingratitud á tanto  
 Honor, como me previno  
 La suerte y la dicha mia.  
 Viendo tan cercano el bien,  
 Gusto ha sido; que tambien  
 Hay lágrimas de alegría.

*Bern.* Cuerdamente te disculpa  
 La discrecion lisonjera;  
 Y aunque por disculpa fuera,  
 Te agradeciera la culpa.  
 Yo quiero dar mas lugar  
 Á divertir la porfia  
 De aquesta melancolia.  
 Aquí puedes descansar,  
 Venciendo el rigor aquí  
 Del sol, que en sus rayos arde.  
 El cielo tu vida guarde.

*Leon.* ¿Fuese ya, Sirena?

*Sir.* Sí.

*Leon.* Óyenos alguien?

*Sir.* Sospecho,  
 Que estamos solas las dos.

*Leon.* Pues salga mi pena (ay Dios!)  
 De mi vida y de mi pecho;  
 Salga en lágrimas deshecho  
 El dolor, que me provoca,  
 El fuego, que al alma toca,  
 Remitiendo sus enojos  
 En lágrimas á los ojos,  
 Y en suspiros á la boca.  
 Y sin paz, y sin sosiego  
 Todo lo abrasen veloces,  
 Pues son de fuego mis voces,  
 Y mis lágrimas de fuego:  
 Abrasen, cuando navego  
 Tanto mar, y viento tanto,  
 Mi vida y mi fuego cuanto  
 Consume el fuego violento,  
 Pues mi voz es fuego y viento,  
 Mis lágrimas fuego y llanto.

*Sir.* Qué dices, señora? Advierte  
 En tu peligro y tu honor.

*Leon.* ¿Tú que sabes mi dolor,  
 Tú que conoces mi muerte,  
 Me reportas desta suerte?

[Vase.]

¿Tú de mi llanto me alejas?  
 ¿Tú que calle me aconsejas?  
*Sir.* Tu inútil queja escuchando  
 Estoy.

*Leon.* Ay Sirena! ¿cuándo

Son inútiles las quejas?  
 Quéjase una flor constante,  
 Si el aura sus hojas hiere,  
 Cuando el sol caduco muere  
 En tómulos de diamante;  
 Quéjase un monte arrogante  
 De las injurias del viento,  
 Cuando le ofende violento;  
 Y el eco, ninfa vocal,  
 Quejándose de su mal,  
 Responde el último acento.  
 Quéjase, porque amar sabe,  
 Una hiedra, si perdió  
 El duro escollo, que amó;  
 Y con acento suave  
 Se queja una simple ave,  
 Y en amorosa prision  
 Asi aliviarse pretende;  
 Que al fin la queja se entiende,  
 Si se ignora la cancion.  
 Quéjase el mar á la tierra,  
 Cuando en lenguas de agua toca  
 Los labios de opuesta roca;  
 Quéjase el fuego, si encierra  
 Rayos, que al mundo hacen guerra:  
 ¿Qué mucho pues, que mi aliento  
 Se rinda al dolor violento,  
 Si se quejan monte, piedra,  
 ve, flor, eco, sol, hiedra,  
 Tronco, rayo, mar y viento?

*Sir.* Sí; ¿mas qué remedio asi  
 Consigues desesperada?  
 ¿Don Luis muerto, y tú casada,  
 Qué pretendes?

*Leon.* Ay de mí!

Di, Sirena hermosa, di,  
 Don Luis muerto, y muerta yo.  
 Pues si el cielo me forzó,  
 Me verás en esta calma,  
 Sin gusto, sin ser, sin alma,  
 Muerta si, casada no.  
 Lo que yo una vez amé,  
 Lo que una vez aprendí,  
 Podré perderlo, ay de mí!  
 Olvidarlo no podré.  
 ¿Olvido dónde hubo fe?  
 Miente amor! ¿Cómo se hallara  
 Burlada verdad tan clara?  
 Pues la que constante fuera,  
 No olvidara, si quisiera,  
 No quisiera, si olvidara.  
 Mira tú lo que sentí,  
 Cuando su muerte escuché,  
 Pues forzada me casé,  
 Solo por vengarme en mí;  
 Ya la vez última aqui  
 Se despida mi dolor.  
 Hasta las aras, amor,  
 Te acompañe; aqui te quedas,  
 Porque atreverte no puedas  
 Á las aras del honor.

*Sale MANRIQUE.*

*Manr.* Dichoso yo, que he llegado,  
 Venturoso yo, que he sido,  
 Felice yo, que he venido,  
 Refelice yo, que he dado  
 El primero labio mio  
 Á la estampa dese pie,

Que, lleno de flores, fue  
Primavera del estío.  
Y pues he llegado á vos,  
Beso y vuelvo á rebesar  
Cuanto se puede besar,  
Sin ofender á mi Dios.

Leon. Quién sois?

Manr. El menor criado

De Don Lope, mi señor;  
Mas no el hablador menor,  
Que veloz me he adelantado  
Por albricias de que viene.

Leon. Descuido fue, bien decis,  
Tomad. ¿Y de qué servis  
Á Don Lope?

Manr. ¿Hombre, que tiene  
Este humor, ya no os avisa,  
Que es gentilhombre su nombre?

Leon. ¿Y de qué sois gentilhombre?

Manr. De la boca de la risa.

Criado, á quien le prefieren  
Á los mayores cuidados,  
Es pendanga de criados,  
Hecha del palo que quieren;  
Cuando guardo, mayordomo;  
Cuando algun vestido espero  
De mi amo, camarero;

Maestresala, cuando tomo  
Para mí el mejor bocado;

Secretario poco amigo,  
Cuando sus secretos digo;

Caballerizo extremado,  
Cuando, por no andar á pie,

Con achaque de pasalle,  
Salgo á caballo á la calle;

Cuando alguna cosa fue  
Tal, que se guarda de mí,  
Soy entonces su veedor,  
Y despues su contador;

Pues á todos desde allí  
Lo cuento, á todos lo aviso;

Cuando hurto lo que quiero  
De la plata, repostero;

Despensero, cuando siso;  
Soy valiente, cuando huyo;

Y soy su cochero el día  
Que sus amores me fia;

Y así claramente arguyo,  
Que soy por tan varios modos,  
Sirviéndole siempre así,  
Cada oficio de por sí,  
Y murmurándole, todos.

[Hablan aparte Leonor y Sirena.]

Salen DON BERNARDINO, DON LUIS y  
CELIO, criado.

Luis. Soy mercader, y trato en los diamantes,  
Que hoy son piedras, y rayos fueron antes  
De sol, que perficiona é ilumina  
Rústico grano en la abrasada mina.  
Paso desde Lisboa hasta Castilla,  
Y en esta aldea ví la maravilla  
Del cielo, reducida en una dama,  
Que acompañais; y luego de la fama  
Supe, que va casada, ó á casarse;  
Y como suele en todas emplearse  
Este caudal mas bien, porque las bodas  
En la gala y la joya empiezan todas,  
Enseñaros quisiera algunas dellas,  
Que no son mas lucientes las estrellas,  
Por ver, si la ocasion con el deseo  
Hacen en el camino algun empleo.

Bern. La prevencion y la advertencia ha sido  
Acertada; á buen tiempo habeis venido,

Pues yo, por divertirla y alegrarla,  
Que está triste, una joya he de feriarla.  
Aqui esperad, y llegaré primero  
Á prevenirla.

Luis. Pues ahora quiero,  
Que la lleveis, señor, para bastante  
Prueba de mi verdad, este diamante; [Dásele.]

Que, visto su valor y su excelencia,  
No dudo yo, señor, que os dé licencia  
De llegar á sus pies. [Apártase.]

Bern. Es piedra rara!  
Qué fondo! qué caudal! qué limpia y clara! —  
Aqui, divina Leonor,

Há llegado un mercader,  
En cuya mano has de ver  
Joyas de grande valor,  
Ricas, costosas y bellas.

Divierte un poco el pesar;  
Que yo te quiero feriar  
Lo que te agradare dellas.  
Este diamante, farol,  
Que con luz hermosa y nueva,  
Para su limpieza, prueba  
Ser luciente hijo del sol,  
Viene por testigo aqui.  
Toma el diamante. [Dásele.]

Leon. Qué veo? [Admirase.]

Cielos!

Bern. Dime.....

Leon. Aun no lo creo. [aparte.]

Bern. Si ha de llegar.

Leon. Ay de mí! [aparte.]

Este diamante es el mismo.....

Dile, que llegue. — Sirena!

Sáqueme amor desta pena,  
Deste encanto, deste abismo.  
Este diamante, que ves,  
Luz, que con el sol la mides,  
Dí á Don Luis de Benavides,  
Prenda mia, y suya es.  
Ó mis lágrimas me ciegan,  
Ó es el mismo. Hoy sabré yo,  
Como á mis manos volvió.

Sir. Disimula, que ya llegan.

[Llega D. Luis.]

Luis. Yo soy, hermosa señora.....

Leon. Alma de la pena mia, [aparte.]

Cuerpo de mi fantasía.

Sir. Disimula, y calla ahora; [aparte.]

Que ya veo la razon  
Que tienes, para admirarte.

Luis. Yo soy, quien en esta parte  
Piensa lograr la ocasion,  
Habiendo á tiempo llegado,  
En que pueda mi deseo  
Hacer el felice empleo,  
Tantos años esperado.  
Traigo joyas que vender,  
De innumerable riqueza;  
Y entre otras una firmeza  
Sé que os ha de parecer  
Bien; porque della sospecho,  
Que adorne esa bizzarria,  
Si es que la firmeza mia  
Llega á verse en vuestro pecho.  
Un Cupido de diamantes  
Traigo, de grande valor;  
Que quise hacer al amor  
Yo de piedras semejantes;  
Porque, labrándole así,  
Cuando alguno le culpase  
De vario y fácil, le hallase  
Firme solamente en mí.  
Un corazon traigo, en quien

No hay piedra falsa ninguna;  
Sortijas bellas, y en una  
Unas memorias se ven.  
Una esmeralda, que habia,  
Me hurtaron en el camino,  
Por el color, imagino,  
Que perfecto le tenia.  
Estaba con un zafiro;  
Mas la esmeralda llevaron  
Solamente, y me dejaron  
Esta azul piedra que miro;  
Y así dije á mis desvelos:  
¿Cómo con tanta venganza  
Me llevásteis la esperanza,  
Para dejarme los zelos?  
Si gusta vuestra belleza,  
Descubriré, por mas glorias,  
El corazon, las memorias,  
El amor y la firmeza.

Bern. El mercader es discreto.

¿Qué bien á las joyas bellas,  
Para dar gusto de velas,  
Las fue aplicando su efeto!

Leon. Aunque vuestras joyas son  
Tales como encareceis,  
Para mostrarlas, habeis  
Llegado á mala ocasion.  
Y yo, en ver su hermoso alarde,  
Contento hubiera tenido,  
Si antes hubiérais venido;  
Pero habeis venido tarde.  
¿Qué se dijera de mí,  
Si, cuando casada soy,  
Si, cuando esperando estoy  
Á mi noble esposo, aqui  
Pusiera, no mi tristeza,  
Sino mi imaginacion  
En ver ese corazon,  
Ese amor y esa firmeza?  
No los mostréis; que no es bien,  
Que tan sin tiempo miradas,  
Ahora desestimadas  
Memorias vuestras esten.  
Y tomad vuestro diamante,  
Que ya sé, que pierdo en él  
Una luz hermosa y fiel,  
Al mismo sol semejante.  
No culpeis la condicion,  
Que en mi tan esquivá hallásteis;  
Culpaos á vos, que llegásteis  
Sin tiempo y sin ocasion. [Ruido dentro.]

Manr. Ya Don Lope, mi señor, [Mirando adentro.]  
Llega.

Luis. ¿Habrá en desdicha igual [aparte.]  
Mal, que compita á mi mal,  
Ni dolor á mi dolor?

Leon. Qué veneno! [aparte.]

Luis. Qué crueldad! [aparte.]

Bern. Á recibirle lleguemos. [Vase.]

Manr. Callen todos, y escuchemos  
La primera necesidad;  
Porque un novio, á quien le place  
La dama, y á verla llega,  
Como necesidades juega,  
Es tahir que dice y hace. [Vase.]

Luis. ¿Qué me podrás responder,  
Muger tan fácil, liviana,  
Mudable, inconstante y vana,  
Y muger en fin, muger,  
Que pueda satisfacer  
Á tu mudanza y tu olvido?  
Leon. Haber tu muerte creído,  
Haber tu vida llorado,  
Causa á mi mudanza ha dado,

Que á mi olvido no ha podido;  
Pues cuando te llego á ver,  
Á no estar ya desposada,  
Vieras hoy determinada,  
Si soy mudable ó muger.  
Desposéme por poder.

Luis. Y bien por poder se advierte:  
Por poder borrar mi suerte,  
Por poder dejarme en calma,  
Por poder quitarme el alma,  
Por poder darme la muerte.  
Esta dices que creiste,  
Y no fue vana apariencia,  
Que si creiste mi ausencia,  
Es lo mismo, bien dijiste.

Leon. No puedo, no puedo, ay triste!  
Responder; que está conmigo,  
No mi esposo, mi enemigo.  
Mas, porque me culpas fiel,  
Lo que le dijere á él,  
Tambien hablaré contigo.

[Retirase D. Luis á un lado.]

Salen DON LOPE, DON BERNARDINO y  
MANRIQUE.

Lop. Cuando la fama en lenguas dilatada  
Vuestra rara hermosura encarecia,  
Por fe os amaba yo, por fe os tenia,  
Leonor, dentro del alma idolatrada.  
Cuando os mira suspensa y elevada  
El alma, que os amaba y os queria,  
Culpa la imagen de su fantasia,  
Que sois vista mayor, que imaginada.  
Vos sola á vos podeis acreditaros,  
Dichoso aquel que llega á mereceros,  
Y mas dichoso, si acertó á estimaros.  
¿Mas cómo ha de olvidaros, ni ofenderos?  
Que quien antes de veros pudo amaros,  
Mal os podrá olvidar despues de veros.

Leon. Yo me firmé rendida antes que os viese,  
Y vivo y muerto, solo en vos estaba;  
Porque sola una sombra vuestra amaba,  
Pero bastó, que sombra vuestra fuese.  
Dichosa yo mil veces, si pudiese  
Amaros como el alma imaginaba;  
Que la deuda comun así pagaba  
La vida, cuando humilde me rindiere.  
Disculpa tengo, cuando temerosa  
Y cobarde mi amor llega á miraros,  
Si no pago un amor tan generoso.  
De vos, y no de mí, podeis quejaros;  
Pues, aunque yo os estime como á esposo,  
Es imposible, como sois, amaros.

Lop. Ahora, tío y señor,  
Me dad los invictos brazos.  
Bern. Y serán eternos lazos  
De deudo, amistad y amor.  
Y porque no culpe ahora  
La dilacion, á embarcar  
Nos lleguemos.

Lop. Hoy el mar  
Segunda Vénus adora.  
Manr. Y pues que con tanta gloria  
Dama y galan se han casado,  
Perdonad, noble Senado,  
Que aqui se acaba la historia.  
[Vanse, y quedan solos D. Luis y Celio.]

Cel. Señor, pues que desta suerte  
Hallaste tu desengaño,  
Vuelve en tí, repara el daño  
De tu vida y de tu muerte.  
Ya no hay estilo, ni medio,  
Que tú debas elegir.

Luis. Sí hay, Celio.

Cel. Cuál es?

Luis. Morir,

Que es el último remedio.  
Muera yo, pues vi casada  
A Leonor, pues que Leonor  
Dejó burlado mi amor,  
Y mi esperanza burlada.  
¿Mas qué me podrá matar,  
Si los zelos me han dejado  
Con vida? Aunque mi cuidado  
Me pretende consolar,  
Dándome alguna esperanza;  
Pues cuando á su esposo habló,  
Conmigo se disculpó  
De su olvido y su mudanza.

Cel. ¿Cómo disculpar contigo?  
A mil locuras te pones.

Luis. Estas fueron sus razones,  
Mira, si hablaban conmigo.

Yo me firmé rendida antes que os viese,  
Y vivo y muerto, solo en vos estaba;  
Porque sola una sombra vuestra amaba,  
Pero bastó, que sombra vuestra fuese.  
Dichosa yo mil veces, si pudiese  
Amaros como el alma imaginaba;  
Que la deuda comun así pagaba  
La vida, cuando humilde me rindiese.  
Disculpa tengo, cuando temerosa  
Y cobarde mi amor llega á miraros,  
Si no pago un amor tan generoso.  
De vos, y no de mí, podeis quejaros;  
Pues, aunque yo os estime como á esposo,  
Es imposible, como sois, amaros.

Y puesto que así me ha dado  
Disculpa de su mudanza,  
Sea mi loca esperanza  
Veneno y puñal dorado.  
Si ha de matarme el dolor,  
Mejor es el gusto, cielos!  
Y si he de morir de zelos,  
Mejor es morir de amor.  
Siga mi suerte atrevida  
Su fin contra tanto honor,  
Porque he de amar á Leonor,  
Aunque me cueste la vida.

## JORNADA II.

Salen SIRENA y MANRIQUE.

Manr. Sirena de mis entrañas,  
Que, para aumentar mi pena,  
Eres la misma Sirena,  
Pues enamoras y engañas:  
Duélate ver el rigor,  
Con que tratas mis cuidados;  
Que también á los criados  
Hiere de barato amor.

Sir. Dame un favor de tu mano.  
¿Pues qué puedo darte yo?

Manr. Mucho puedes; pero no  
Quiero bien mas soberano,  
Que aquece verde liston,  
Con que yaces declarada  
Por dama de la lazada,  
Ó fregona del tuson.

Sir. Una cinta quieres?

Manr. Si.

Sir. Ya aquece tiempo pasó,

Que un galan se contentó  
Con una cinta.

Manr. Es así;

Pero si yo la tuviera,  
Desparramando concetos,  
Mil y ciento y un Sonetos  
Hoy en tu alabanza hiciera.

Sir. Por verme tan soneteada,  
Te la doy, y vete ahora,  
Porque viene mi señora. [Vase Manrique.

Sale LEONOR.

Leon. Ya vuelvo determinada.  
Esto, Sirena, es forzoso;  
Declárese mi rigor,  
Porque mi vida y mi honor  
Ya no es mia, es de mi esposo.  
Dile á Don Luis, que pues es  
Principal, noble y honrado,  
Por Español y soldado,  
Obligado á ser cortes,  
Que una muger, no Leonor,  
(Porque le basta saber  
A un noble, que una muger)  
Le suplica, que su amor  
Olvide; que maravilla  
Cuidado en la calle tal,  
Y no sufre Portugal  
Galanteos de Castilla;  
Que con lágrimas bañada  
Vuelvo á pedirle se vuelva  
A Castilla, y se resuelva  
A no hacerme mal casada;  
Porque fiera y ofendida,  
Si no lo hace, vive Dios!  
Que podrá ser, que á los dos  
Nos venga á costar la vida.

Sir. Desá suerte lo diré,  
Si puedo verle y hablalle.

Leon. ¿Cuándo falta de la calle?  
Mas no hables en ella, ve  
A buscarle á la posada.

Sir. Mucho, señora, te atreves. [Vase.

Salen DON LOPE, DON JUAN y MANRIQUE.

Lop. ¡Ay honor, mucho me debes!

Juan. Ya se acerca la jornada.

Lop. No queda en toda Lisboa  
Fidalgo, ni caballero,  
Que ser no piense el primero,  
Que merezca eterna loa  
Con su muerte.

Manr. Justo es;  
Mas no pienso desá suerte  
Tener yo loa en mi muerte,  
Ni comedia, ni entremes.

Lop. ¿Luego tú no piensas ir  
Al África?

Manr. Podrá ser  
Que vaya; mas será á ver,  
Por tener mas que decir,  
No á matar, quebrando en vano  
La ley en que vivo y creo,  
Pues allí explicar no veo,  
Que sea Moro, ni Cristiano;  
No matar dice. Y los dos  
Esto me vereis guardar;  
Que yo no he de interpretar  
Los Mandamientos de Dios.

Lop. Mi Leonor!

Leon. Esposo mio?  
¿Vos tanto tiempo sin verme?  
Quejoso vive el amor  
De los instantes que pierde.

Lop. ¿Que Castellana que estais!  
Cesen las lisonjas, cesen  
Las repetidas finezas.  
Mirad, que los Portugueses  
Al sentimiento dejamos  
La razon; porque el que quiere,  
Todo lo que dice, quita  
De valor á lo que siente.  
Si en vos es ciego el amor,  
En mí es mudo.

Manr. Y desá suerte  
En mí endemoniado ha sido.

Lop. Siempre, Manrique, parece,  
Que al paso, que yo estoy triste,  
Tú estás contento y alegre.

Manr. Y dime, ¿cuál es mejor  
En pasiones diferentes,  
La alegría ó la tristeza?

Lop. La alegría.

Manr. ¿Pues qué, quieres  
Que deje yo lo mejor  
Por lo peor? Tú, que tienes  
La tristeza, que es la mala,  
Eres quien mudarte debes,  
Y pasarte á la alegría;  
Pues será mas conveniente,  
Que el ir yo de alegre á triste,  
Venir tú de triste á alegre.

Leon. ¿Vos estais triste, señor?  
Muy poco mi pecho os debe,  
O yo le debo muy poco,  
Pues vuestro dolor no siente.

Lop. Forzosas obligaciones,  
Heredadas dignamente  
Con la sangre, á quien obligan  
Divinas y humanas leyes,  
Me dan voces, y recuerdan  
Esta blanda paz y deste  
Olvido, en que yacen hoy  
Mis heredados laureles.  
El famoso Sebastian,  
Nuestro Rey, que viva siempre  
Herederó de los siglos,  
A la imitacion del Fénix,  
Hoy al África hace guerra.  
No hay caballero, que quede  
En Portugal; que á las voces  
De la fama nadie duerme.  
Quisíerale acompañar  
A la jornada, y por verme  
Casado, no me he ofrecido,  
Hasta que licencia lleve  
De tu boca, Leonor mia.  
Esta merced has de hacerme,  
En este caso has de honrarme,  
Y este gusto he de deberte.

Leon. Bien con esas prevenciones  
Fue menester, que me hiciéseis  
Oraciones, que me animen,  
Y discursos, que me alienten.  
Vos ausente, dueño mio,  
Y por mi consejo ausente,  
Fuera pronunciar yo misma  
La sentencia de mi muerte.  
Idos vos, sin que lo diga  
Mi lengua; pues que no puede  
Negaros la voluntad,  
Lo que la vida os concede.  
Mas porque veais, que estimo  
Vuestra inclinacion valiente,  
Ya no quiero, que el amor,  
Sino el valor me aconseje.  
Servid hoy á Sebastian,  
Cuya vida el cielo aumente,

Que es la sangre de los nobles  
Patrimonio de los Reyes.  
Que no quiero, que se diga,  
Que las cobardes mugeres  
Quitán el valor á un hombre,  
Cuando es razon que le aumenten.  
Esto el alma os aconseja,  
Aunque como el alma os quiere;  
Mas como agena lo dice,  
Si como propia lo siente. [Vase.

Lop. ¿Habeis visto en vuestra vida  
Igual valor?

Juan. Dignamente  
Es bien, que lenguas y plumas  
De la fama la celebren.

Lop. ¿Y vos qué me aconsejais?

Juan. Yo, Don Lope, de otra suerte  
Os respondiera.

Lop. Decid.

Juan. Quien ya colgó los laureles  
De Marte, y en blanda paz  
Ciñe de palma las sienas,  
¿Para qué otra vez, decidme,  
Ha de limpiar los pavese  
Tomados de orin y polvo,  
En que ahora yacen y duermen?  
Yo fuera justo que fuera,  
A no estar por esta muerte  
Retirado y escondido;  
Y no es razon ofrecirme,  
Porque á los ojos del Rey  
Llega mal un delincuente.  
Si esto me disculpa á mí,  
Bastante disculpa tiene  
Quien soldado fue soldado.  
No os vais, amigo, y creedme,  
Aunque un hombre os acobarde,  
Y una muger os aliente. [Vase.

Lop. ¡Válgame Dios, quien pudiera  
Aconsejarse prudente,  
Si en la ocasion hay alguno  
Que á sí mismo se aconseje!  
¿Quién hiciera de sí otra  
Mitad, con quien él pudiese  
Descansar? Pero mal digo:  
¿Quién hiciera cuerdate  
De sí mismo otra mitad,  
Porque en partes diferentes  
Pudiera la voz quejarse,  
Sin que el pecho lo supiese?  
¿Pudiera sentir el pecho,  
Sin que la voz lo dijese!  
¿Pudiera yo, sin que yo  
Llegara á oirme, ni á verme,  
Conmigo mismo culparme,  
Y conmigo defenderme!  
Porque unas veces cobarde,  
Como atrevido otras veces,  
Tengo vergüenza de mí.  
Que tal diga! que tal piense!  
¿Que tenga el honor mil ojos  
Para ver lo que le pese,  
Mil oidos para oirlo,  
Y una lengua solamente  
Para quejarse de todo!  
Fuera todo lenguas, fuese  
Nada oidos, nada ojos,  
Porque oprimido de verse  
Guardado no rompa el pecho,  
Y como mina rebiente.  
Ahora bien, fuerza es quejarme;  
Mas no sé por donde empiece;  
Que, como en guerra y en paz  
Viví tan honrado siempre,